

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

LA BENDICIÓN DEL PAPA Y DEL PRELADO DIOCESANO

Habiendo la Academia Calasancia de las Escuelas Pías de Barcelona acordado, en sesión extraordinaria del 18 del pasado Octubre, publicar bi-mensualmente una Revista, con el título *La Academia Calasancia*, la primera diligencia que practicó para realizar su acuerdo, después de implorados los auxilios celestiales, se enderezó á obtener de S. S. el Papa la Bendición Apostólica, y del Prelado Diocesano la aprobación y Bendición episcopales y el nombramiento de Censor Eclesiástico. Las solicitudes elevadas al efecto, por el Director de la Academia, al Pontífice Romano y Sr. Obispo de Barcelona, fechada aquélla el 23 y ésta el 19 de Octubre, fueron acogidas con cariño paternal y despachadas favorablemente. La Bendición Apostólica fué concedida por León XIII en Audiencia del 26 de Octubre, según Despacho emanado de la Secretaria de Estado de S. S., puesto á continuación de la solicitud, y que dice así:

Ex audientia SSmi. die 26 Octobris 1891.

SSmus. Dominus Noster Leo divina Providentia Papa XIII, apostolicam Benedictionem, quam devote expostularunt, ne aberrant a sancto proposito quod in precibus exprimunt, oratoribus impertire dignatus est. Datum Romae e Secretaria Status, die, mense et anno supradictis.

Lugar del sello.

Lugar de la firma.

El decreto dado por el Excmo. é Illmo. Sr. Obispo de la Dióce-

sis y fechado en Sta. Margarita del Panadés, en Sta. Pastoral Visita, el día 25 de Octubre de 1891, es como sigue:

«Vista esta instancia, aprobamos y bendecimos los piadosos propósitos del exponente P. Eduardo Llanas, Sacerdote de las Escuelas Pías de Barcelona, y nombramos Censor de la Revista «La Academia Calasancia,» que proyecta publicar quincenalmente, al R. P. José Gispert, Rector del expresado Colegio. Lo decretó y firma S. E. I. el Obispo de que certifico.—El Obispo.»

Para conocimiento y satisfacción de los individuos todos que pertenecen á la Academia Calasancia, debe advertirse que la solicitud elevada á S. S. en demanda de la Bendición Apostólica, está hecha en nombre de todos los Académicos, lo mismo los de Número que los Aspirantes, y á todos ellos alcanza la Bendición Apostólica. Y á fin de que puedan conservar copia de la solicitud dirigida á S. S. y que tan bondadosamente fué acogida, la transcribimos á continuación.

Beatissime Pater:

Academiae Calasantiae in Scholarum Piarum Collegio Barchinonensi jamdiu institutae, Socii una cum emeritis et candidatis, Tuis sapientissimis litteris Encyclicis adhaerentes, hoc erga religionem studium et in Te praepollentis amoris signum conferunt, devoventes mala quibus ephemeridum acatholicarum auctores mentes in transversum agunt et S. Romanam Ecclesiam summa ope divexare nituntur. Ad haec igitur deprecanda damna, sinas, quaeso, ut in Terebinti valle cum gigante se conserant pastores humiles qui in nomine Domini, id est, cum ephemeride cui titulus «*La Academia Calasancia*,» quae bis in mense edatur, veritates fidei propugnare ac S. Sedis jura defendere student, in hoc unum inhaerentes, ut Christi osores pudore suffundantur, et os iniqua loquentium obstruatur. Quare hujus ephemeridis scriptores Spiritu S. Josephi Calasantii edocti ejusque Asseclis moniti, ut melius ac satius voluntatis Tuae, Beatissime Pater, interpretes fiant, justaque tua desideria propositum finem pertingant, se numquam ab Episcoporum consiliis, quos Spiritus Sanctus posuit regere Ecclesiam Dei discessuros esse promittunt et confidunt.

His animi erga sanctam Petri Sedem devotissimi sensibus ad Tuos pedes provoluti, hoc unum adprecantur, ut Apostolicam Benedictionem impertias, qua a sancto proposito non aberrant,

res catholica magis augeatur Scriptorumque numerus in dies crescat, et Te duce, Te magistro, quem Deus diu sospitet, fiat unum ovile et unus Pastor.

Barchinone in Collegio Scholarum Piarum die 19 Octobris anni 1891.

Como se ve, *La Academia Calasancia* sale á la luz pública bajo los mejores auspicios. Por el mero hecho de haber concebido el proyecto de publicarla, han recibido los Académicos una Bendición especial de la Santa Sede y del propio Diocesano; y no olvidarán que esta gracia les obliga á no desistir de los piadosos propósitos con que han descendido á la palestra del periodismo: *ne aberrant a sancto proposito quod in precibus exprimunt*; propósitos que en sus preces han expuesto á S. S. y que el Vicario de Jesucristo les recuerda al bendecirles.

SECCION OFICIAL

Reunida la Academia Calasancia en sesión extraordinaria, el día 18 de Octubre, á las cuatro de la tarde, en el Salón de Actos del Colegio de PP. Escolapios, y presidida por el Director de la Academia, P. Eduardo Llanas, tomó los acuerdos siguientes:

1.º La fundación de la Revista quincenal religioso-científico-literaria *La Academia Calasancia*; designando para formar el cuerpo de Redacción á los señores D. Narciso Plá y Deniel, D. Rafael Marsá y Draper, D. José Puig de Asprer, D. Arcadio de Arquer, D. José María Ventura y al infrascrito.

2.º Repartir las cargas de la Administración entre los señores Cabot, Pintó y Gui, adjudicando el de Tesorero á D. Joaquín Baró y Comas.

3.º Fijar el precio de suscripción en 6 pesetas al año y 3 $\frac{1}{2}$ por semestre.

4.º Que cada socio Académico satisfaga la cuota mensual de una peseta.

5.º La celebración de sesiones privadas los domingos primero y tercero de cada mes, á las diez de la mañana, salvo los en que se celebren veladas públicas.

6.º y último. Organizar una de estas veladas públicas para el día 8 del corriente, la cual se celebrará en el Salón de Actos del Colegio, á las 5 de la tarde del día prefijado, y cuyo programa se publicará oportunamente.— J. BURGADA JULIÁ, SECRETARIO.

Á NUESTROS LECTORES

No ignora la Academia Calasancia de las Escuelas Pías de Barcelona el compromiso de honor, que ante el público católico contrae, publicando la presente Revista. Se siente bastante vigorosa y se reconoce con suficiente vitalidad, para no quedar desairada en su empeño de contribuir á la propaganda de la verdad católica desde las columnas de *La Academia Calasancia*, aún teniendo presente el respetable número de excelentes Revistas, que á esa tarea viven consagradas. Hasta el presente, ha limitado sus aspiraciones á la organización de algunas veladas públicas, de carácter literario-musical, que han valido á los Académicos, los más calurosos aplausos de los concurrentes y los elogios más expresivos de la prensa periódica de esta Capital, ya por sus ejercicios musicales y sus ensayos de declamación, ya por sus composiciones poéticas y sus producciones científicas y literarias y por sus discursos oratorios. El éxito lisonjero obtenido en esas veladas músico-literarias, ha movido á los Académicos, hoy que muchos de ellos cursan estudios superiores y no pocos han concluido ya su carrera y ostentan honrosos títulos profesionales, á estender su acción religioso-literaria más allá del estrecho círculo del Colegio en que la Academia Calasancia radica, fundando al efecto la Revista que hoy ofrecemos al público y de la cual serán colaboradores todos los Académicos que se sientan con aptitud para los ejercicios del periodismo católico.

Mas no queremos con esto indicar, que la aparición de la Revista obedezca al vano empeño de hacer ostensibles las fuerzas de que la Academia dispone: tan bajo y pueril intento merecería el desprecio del público al cual se dirige y cuyo favor solicita. En realidad de verdad, la Academia Calasancia, al fundar su Revista, se ha propuesto dos fines, que creemos dignos de aplauso y de respeto. Es el primero de ellos, contribuir á la difusión de las doctrinas católicas y á la defensa de las instituciones eclesiásticas, hoy encarnizadamente combatidas por una prensa periódica activa, infatigable, inteligente, rica y poderosa, y que por lo mismo ejerce una influencia perniciosísima en el existir moral y religioso de la sociedad contemporánea. Y bajo este punto de vista, es indudable que será *La Academia Calasancia* una publicación

de propaganda católica. Órgano de una sociedad, que, si bien esencialmente literaria, debe ser eminentemente católica, y á la cual sólo pueden pertenecer jóvenes prácticamente católicos, cuantos trabajos científicos y literarios contenga, se hallarán informados por un criterio estrictamente ortodoxo, y aún muchos de ellos tendrán por objeto único defender el dogma, las tradiciones, la disciplina, la moral, la jerarquía y las libertades de nuestra religión sacrosanta. Por donde, bien á las claras queda manifestado, que *La Academia Calasancia*, en virtud de su contenido material, podrá ser recibida y considerada, por cuantos se interesan en el triunfo de la causa católica, y en el arraigo y pureza de las costumbres cristianas, como Revista genuinamente católica, de todo en todo extraña á las luchas de bandería y á los intereses de partido, y atenta únicamente á ser eco fiel de las enseñanzas de la Iglesia, en todo lo referente al orden social, moral y religioso.

Ciertamente que son muchas y muy recomendables las publicaciones que á este fin nobilísimo se dirigen, y que no cejan un momento en la defensa de las verdades católicas y de las instituciones eclesiásticas; pero es también cierto, por desgracia, que comparadas con las publicaciones periódicas acatólicas é independientes, se hallan en inferioridad numérica aterradora, y lo que más de lamentar es, distan muy mucho de lograr la circulación y la potente vitalidad que estas últimas disfrutan. De aquí la necesidad de crear y sostener publicaciones de la índole de *La Academia Calasancia*, destinadas á neutralizar el pernicioso influjo de ese periodismo racionalista y anticatólico. De ese funesto desarrollo de la prensa impía, y de la necesidad de oponerle una prensa católica que contrarreste su acción deletérea, habló con sentida frase el Papa León XIII, en la Alocución que dirigió á los periodistas católicos de diversas naciones, el día 22 de Febrero de 1873. Las palabras del Papa fueron las siguientes:

«Establecida la desenfrenada libertad, que mejor llamaríamos licencia, de publicar todo lo que se quiera, los hombres amantes de la Revolución se dedicaron á esparcir periódicos en número casi infinito, y por medio de ellos combatían ó ponían en duda las eternas leyes de lo verdadero y de lo justo, cubrían de calumnia á la Iglesia de Cristo, la presentaban aborrecible á

los pueblos, y se industriaban para inculcar en las almas las más perniciosas doctrinas. Prontamente vieron con cuánta ventaja serviría á sus proyectos la publicación cotidiana de periódicos que paulatinamente fueran inficionando con el veneno del error el alma de los lectores, corrompiendo los corazones con los halagos de los malos instintos y la seducción de los sentidos. Y de tal manera han visto coronados por el éxito sus deseos, que bien puede afirmarse, sin apartarse de la verdad, que á la influencia de la prensa periódica se debe en gran parte esa copia de males y esa mísera condición de cosas y de tiempos á que desgraciadamente hemos llegado.» Y á la vista de los estragos causados por el periodismo acatólico, añadió el Pontífice Soberano: «supuesto que ahora, siguiendo la práctica universalmente establecida, es de imperiosa necesidad apelar á la publicación de periódicos, deben esforzarse con grande empeño los escritores católicos en hacer servir á la salvación de la sociedad, y en defensa de la Iglesia, los procedimientos empleados por los adversarios contra la una y la otra.» En ese pensamiento del Vicario de Cristo, en esa frase pontificia tan significativa: *edendarum ephemeridum est veluti indicta necessitas*; «las publicaciones periódicas son una necesidad imprescindible,» se ha inspirado la Academia Calasancia, para cooperar, fundando su Revista, al suspirado desarrollo del periodismo católico, y contribuir así á la salvación de la sociedad y á la defensa de la Iglesia.

El otro fin, antes apuntado, que se propone la Academia Calasancia, al publicar su Revista, es ejercitar á los Académicos en las tareas periodísticas, y prepararles para que, en edad más adelantada, puedan pertenecer á aquel Apostolado de la prensa que, según fundadas predicciones hechas ante 32 Obispos en el Congreso Católico de Zaragoza, organizará la Iglesia católica, con el fin de neutralizar la activa y universal propaganda del periodismo racionalista, buscando en esa prensa católica un auxiliar eficacísimo del apostolado eclesiástico, una cátedra de sana doctrina erigida en medio de la sociedad contemporánea, una predicación pública hecha con el consentimiento y bajo la vigilancia de las autoridades competentes. Colaborando en la Revista de la Academia, y sometidos á la dirección de los PP. Escolapios, se esforzarán los Académicos en poseer las dotes especiales que deben adornar á los afiliados á ese Apostolado periodístico, lla-

mado á venir en socorro de la sociedad y de la Iglesia católica: dotes que han sido ya señaladas y recomendadas por León XIII en la precitada Alocución á los periodistas católicos. Aspiran á distinguirse de los incrédulos, por la variedad y elegancia de su estilo: *varietate et elegantia scribendi*; por la exactitud en el relato de los acontecimientos contemporáneos: *diligenti recentiorum factorum narratione*; por la superioridad en el conocimiento de las cosas útiles: *vincere utilium rerum notitia*; mayormente por la veracidad en los asertos: *maxime autem veritate*; también por el uso de un estilo grave y templado: *gravis et temperans dicendi ratio*; y no olvidarán que León XIII prescribe que, siguiendo el consejo del Apóstol, enseñen todos los periodistas la misma cosa, que eviten entre sí las disensiones y los cismas, y que se adhieran, mediante un total y firme asenso, á las doctrinas y mandatos de la Iglesia católica: *Catholicæ Ecclesiæ doctrinis et placitis, firmo animorum assensu adherentes*.

Otras publicaciones, para recomendarse al público, exponen los antecedentes literarios y el nombre más ó menos ilustre de sus colaboradores: La *Academia Calasancia*, cuyos redactores y colaboradores son jóvenes, sin otra historia literaria que la que se limita al recinto de la Universidad, no puede evocar antecedentes gloriosos que la recomienden. Por esto se ciñe á exponer el ideal á que invariablemente se atenderán cuantos en ella escriban, y que es el propuesto por el Maestro infalible á los periodistas católicos, supliendo así la falta de antecedentes brillantes, con la manifestación de aspiraciones generosas, nacidas al eco de las enseñanzas dadas en el Vaticano.

LA REDACCIÓN

ANTE LA SITUACION DEL PAPA

Los aún recientes sucesos acaecidos en la Ciudad Eterna y las medidas con aquel pretexto dictadas por el republicano gobierno de la noble Francia, sugieren á la mente de todo católico tristes reflexiones.

Cumplieron ha poco veinte y un años que Roma, la eterna, la imperial, la pontificia; aquella Ciudad Santa que por mil y mil gloriosísimos títulos sólo al mundo católico pertenece; aquella

espiritual y sagrada *patria* de nuestros padres, de nuestros abuelos y de cien pasadas generaciones; aquella Roma por tantos millones de almas bendecida y suspirada; fuele traidora, villanamente usurpada al mundo católico. ¿Por quién? ¿Con qué derecho? ¡Derecho! ¿Qué derecho podía ostentarse, en frente de los sacratísimos é imprescriptibles derechos que desde lejanos siglos tiene el mundo católico á la Ciudad Eterna? ¡Ah, no! Fué en nombre de la fuerza bruta, en nombre de unas bayonetas que hicieron relucir al aire las quizás inconscientes tropas de un desdichado Soberano. ¿Cabía dirigir al mundo católico mayor insulto ni peor agravio? ¿Y cómo respondieron á ellos los católicos del orbe, al ver á su Padre oprimido y encarcelado y á su patria espiritual cautiva? Quizás en los primeros momentos sintieron ardiente sed de noble venganza, pero el Pontífice aconsejó la oración, y los católicos invadieron los templos, acudieron á Dios, rogándole acelerara el día de la justicia, y el mundo católico lloró, como sigue llorando, las amarguras de su Padre, Pontífice y Rey, y la pérdida de la posesión de su adorada patria.

Embravecidas las sectas con sus satánicos triunfos, locas con la locura del frenesí, vislumbran ya en lontananza, el para ellas tan suspirado como quimérico día, de desterrar de la sociedad el nombre de Cristo, para lo que conceptúan previamente indispensable la destrucción total de la Roma Católica. No es de extrañar pues que los ataques al catolicismo se hayan redoblado y los insultos y agravios se hayan repetido. Un día se pisotean las venerandas cenizas de un Pontífice Santo. Otro día, para escarnio del mundo católico y con el malvado fin de ahondar la herida abierta en el corazón de un Santo Anciano, se hacen llegar hasta el Vaticano los cavernosos ecos de infames saturnales celebradas para conmemorar la vida de un lujurioso apóstata; y como si estos insultos repetidos un día y otro día no fueran bastantes, temerosos todavía de no poder llegar á su satánico fin de descristianizar el mundo; al ver las numerosísimas falanges que de todas las partes del globo se dirigen á Roma para postrarse á los pies del Pontífice y allí renovarle el testimonio de su más firme é incondicional adhesión, inventan una burda farsa, mueven á unas infelices turbas para que se promueva algún disturbio, y desean y alcanzan, merced á sus infernales maquinaciones, que pisoteando todos los derechos, hollando la justicia y ejerciendo la mayor de las tiranías, se prive á los católicos del más sacrosanto de los derechos: del derecho de comunicarse libremente con su Beatísimo Padre, de rendirse á sus plantas y tributarle filial y amorosísimo homenaje.

Tan afflictiva es la situación de nuestro amado Pontífice, que en un momento de santa expansión, dirigiéndose á M. Harmel, el virtuosísimo fabricante, apostólico varón y organizador de las últimas peregrinaciones á la Ciudad Eterna, díjole: «Si; la pasión

se renueva; he aquí el huerto de Gethsemaní, la coronación de espinas, llevar á cuestras la cruz y luego después el Calvario.....» Y dichas estas palabras con la más inmensa tristeza, añadía León XIII con acento de inefable resignación: «Si, el Calvario; y preciso será que subamos á él. Se desean víctimas, se quiere que el Papa padezca y que sea víctima. Pues bien, es preciso prepararse. Se deja en libertad á los malvados, hasta los gobiernos les ayudan; vereis cómo se da el asalto al Vaticano.—Ah, hijos míos, no volveréis á ver al Papa actual, es preciso que muera en el Calvario; pero después de la muerte vendrá la resurrección. En otro tiempo el Papa estaba preso, en la actualidad es un rehén; depende de un puñado de malvados; los gobiernos le abandonan, se halla solo, completamente solo y únicamente tiene á la Divina Providencia.» ¿Puede haber católico sincero que escuche tranquilo estas palabras de su Beatísimo Padre? Pero, ¿es, acaso, que no existen ya católicos en la tierra? ¿Es, tal vez, que Dios no permite á los católicos ejercer el sacratísimo derecho de defensa? ó ¿es, quizás, que los católicos actuales, renegando de las tradiciones de sus mayores, de los que, tantos y tantos con el sacrificio de sus vidas dieron á su religión días de eterno lauro y de inmarcesible gloria, no sabrían ya sacrificar sus vidas en aras de su fe religiosa? ¡No y mil veces nó!. Siglo escéptico y egoísta, siglo de almas hipócritas, de corazones rastreros y caracteres viles y degradados, es en gran parte el siglo en que vivimos; pero la fe católica allí donde es verdaderamente tal, es siempre la misma; ella es la única fuente donde el hombre bebe la alegría de una celeste esperanza; ella es la única que da á los hombres dignidad y grandeza, y que inflamando los corazones de amorosísimo ardor y nobilísimo entusiasmo, es también la única capaz de conducir las almas á los más altos sacrificios y á los más nobles heroísmos. Sépanlo los masones todos y sus hermanos mayores los judíos y los impíos del orbe todo. Hay en el mundo millones de almas, en España como en Francia, en Bélgica como en Italia, en Austria como en Polonia, en Europa como en América; hay millones de católicos que placenteros, gustosísimos, darían, no una, sino mil veces, su sangre y sus vidas, todo lo que son y cuanto poseen, en aras de la causa santa de la Religión de Cristo, de quien es su único *Oráculo* infalible y Vicario en la tierra, el Pontífice, Rey de Roma. Sí; hay en el mundo millones de almas que solo esperan una voz y un grito, para acompañar á su Pontífice en su pasión y en su martirio. ¡Que el Pontífice está cautivo y prisionero, que se quiere asaltar el Vaticano, que se le quiere hacer morir en el Calvario! ¡Ah! pues nosotros, sus amantes hijos, no le abandonaremos, con El queremos ser prisioneros y cautivos, con El queremos padecer y sufrir, con El queremos ser víctimas; y si es que se quiere asaltar el Vaticano, quisiéramos, deseáramos que nuestro Pontífice nos llamara para que

si intentaran los impíos lograr tan satánico triunfo, tuvieran antes que pasar por encima nuestros cuerpos inertes y cadáveres.

¡Dios mío! Sólo Vos sabeis los acontecimientos que nos esperan, y sólo Vos en vuestra infinita Providencia sabeis porqué permitis tantos infaustos acontecimientos como á nuestra vista se desarrollan, permaneciendo los católicos quietos. Desde nuestra miseria y pequeñez, nos es imposible abrazar vuestros divinos planes; pero sí que nuestras almas abrigan la creencia de que la situación de nuestro amado Pontífice, y con él la de todo el orbe católico, es imposible se prolongue de un modo indefinido.

Hoy de uno á otro ámbito de Europa en todos los espíritus, con unos ó con otros caracteres, se halla impresa la palabra guerra. Sin duda hoy más que nunca son exactas aquellas palabras del P. Lacordaire: «Está la guerra en Europa por más que estén las armas colgadas de los muros y parezca que la araña haya tejido sobre su polvo su endeble tela.» ¿Será quizás el día de esa conflagración general europea, de la que con toda probabilidad ha de resultar modificado el mapa de Europa, el día que cesará, no ya la persecución, pues hartos sabemos que la verdadera Iglesia será siempre perseguida, pero sí la opresión afrentosísima que está sufriendo nuestro Pontífice, brillando en los aires la espada de la divina justicia? Sólo Vos, Dios eterno, lo sabeis.

Hace veinte y un años, que deseando poner remedio á tantas amarguras, cada día mayores, que á vuestro Vicario afligen, los católicos de todo el orbe rezan en los templos y lloran allá en lo íntimo de sus conciencias. Ellos continuarán llorando y dirigiéndolos sus plegarias mientras les reste un aliento de vida y nada más se les diga; pero advertid, ¡Dios de bondad! que ante tanto insulto y ante tan repetidos atropellos que al orbe católico se dirigen; éste empieza ya á clamar algo más, aparte de la oración y el llanto. Advertid que oprimido el pecho de tanto dolor, la oración empieza ya á salir balbuceante de los labios; y exprimido el corazón de tanto llanto, no son ya lágrimas lo que nuestro corazón derrama; empieza á ser sangre lo que el corazón destila.

N. P y D.

INMORTALIDAD NATURAL DEL ALMA HUMANA

Nada tan fácil como demostrar la inmortalidad de nuestra alma á los que admiten la existencia de Dios. Por otra parte, las demostraciones que de esa inmortalidad se exponen en los libros de filosofía y en los tratados apologeticos, presuponen la exis-

tencia de un Creador, que ha dado el ser á nuestra alma, y que no puede arrebatárselo sin faltar á su bondad, á su sabiduría y á su justicia. Semejante modo de argumentar se ajusta de todo en todo á los inflexibles principios de la lógica, siempre y cuando sea aceptado el punto de partida; pero es inadecuado para llevar el convencimiento de la inmortalidad anímica, á los que ponen en tela de juicio la existencia de un Supremo Artífice y Moderador del Universo. Y por desgracia, cuantos hoy desechan la eterna supervivencia de nuestra alma, desconocen la necesidad de un Creador, pretendiendo explicar el origen y desarrollo de los seres, por la virtualidad intrínseca de las fuerzas naturales, sometidas á una evolución constante y progresiva. Por donde, al intentar atraerles al reconocimiento de esa verdad consoladora, fundamento de nuestras más bellas esperanzas y lenitivo de nuestras más hondas aflicciones, se hace necesario llamarles la atención sobre las elocuentes enseñanzas registradas en el gran libro de la naturaleza, el cual constituye para ellos la única autoridad infalible.

Consultemos, pues, á la naturaleza, fijemos nuestra atención en esa fuerza interior, en esa actividad íntima, en ese *yo*, que allá en el santuario de nuestra conciencia siente, quiere y piensa, proyecta, teme y espera, recuerda, apetece y reflexiona. Nada tan cierto y evidente, ni que menos se preste á las dudas del escepticismo, como la constancia permanente de ese *yo*, la identidad del mismo en las diversas situaciones de la vida y aún en las diversas épocas de la existencia. Ningún filósofo ha se atrevido á sostener que ese *yo*, ese individuo, esa persona, ese sujeto de los hechos de nuestra conciencia, cambie de ser y se transforme en otro *yo*, en otro individuo, en otra persona, en otro sujeto. Si algo hay cierto é indiscutible en Psicología, es esa identidad permanente de nuestro *yo*. Luego es de naturaleza distinta del organismo, que incesantemente se renueva; luego nada tiene que ver con el elemento material de nuestra naturaleza, sometido á sustituciones incesantes, de modo que ninguna partícula material conserva el joven de las que se agitaron en su organismo de niño, ni en el cuerpo del anciano persiste ninguna molécula de las que adquirió en su edad juvenil. Todo lo cual se halla maravillosamente armonizado con aquel modo de argüir de nuestros filósofos cristianos, al demostrar que los pensamientos, los juicios, los recuerdos, las voliciones, las sensaciones, presuponian una substancia simple que fuera sujeto de todos ellos, fundándose en que si en el hombre no hay más que materia, ó habrá necesariamente muchos sujetos que pensarán, querrán, sentirán, etc.; ó los pensamientos, voliciones y sensaciones serán fenómenos compuestos y divisibles, por radicar en un sujeto material y divisible. Arguyendo *à priori*, llegaban á la misma conclusión establecida *à posteriori* por la moderna Psicología: que nuestro *yo* es una

substancia simple; ó que el sujeto de nuestros fenómenos psíquicos es permanente, é indivisible ó inmaterial.

Las leyes naturales que modifican el organismo, respetan la inalterable constancia de ese *yo* simple é indescomponible: las fuerzas físico-químicas, que sólo actúan en la materia, no pueden agitar á esa substancia de inmaterial naturaleza. Por esto puede presenciarse la destrucción del organismo, sin que élla quede destruida. Todo lo que en el Universo perece, experimenta una disgregación de aquellos elementos cuya coordinación formaba la existencia que finaliza; y por eso, lo que carece de elementos constitutivos es por su naturaleza imperecedero.

Es, pues, de todo punto cierto, que nuestra alma es un ser substancial ó permanente, que es inmaterial ó simple, y que es naturalmente indestructible. Pero hay más; la misma naturaleza del alma exige la inmortalidad, ó la supervivencia respecto del cuerpo. A diferencia del alma del bruto que sólo vive en el presente y del pasado, el alma humana vive naturalmente del porvenir: el presente y el pasado, son los puntos de partida para las operaciones de nuestra vida racional. Nuestra inteligencia combina proyectos de realización futura; nuestra voluntad los acepta; todas nuestras energías se aprestan para ejecutarlos. Ni un solo hombre, obrando como tal, se fija definitivamente en su presente, por halagüeño que éste sea. Y cuando los atractivos de nuestra vida actual nos invitan á saborear sus goces, y nos la ofrecen como final complemento de nuestras aspiraciones, todo nuestro anhelo se cifra en prolongar esa feliz situación, gozando aún más ante la placentera perspectiva de su continuación asegurada, que ante la fruición de su posesión presente. Así y todo, no sabemos resignarnos al bien actual, por mucho que lo hayamos apetecido, y muy pronto el deseo de prolongarlo, se cambia en el prurito de sustituirlo por otro bien, que nos ofrezca novedad y nos atraiga hacia adelante, arrancándonos del sitio en que habíamos querido detenernos y que empieza á brindarnos con el hastío. Vivir es para el hombre avanzar en su existir, es buscar un bien que no tiene y por el cual suspira, es proyectar situaciones de felicidad que nunca son definitivas, es moverse hacia lo venidero con esperanza de mejorar lo presente, es buscar más bondad, más verdad, más belleza de las que logramos, es llamar á la puerta de un mundo nuevo en el que no habemos penetrado, sabiendo sin embargo que se ha hecho para nosotros.

Y si tal es el natural modo de vivir de nuestra alma, ¿no podemos afirmar que su naturaleza reclama la permanencia necesaria en la vida? Que el alma del bruto quede bruscamente detenida en su carrera, extinguiéndose en un momento dado, se comprende fácilmente; porque esa vida, concentrada en el momento actual, y sin tendencias ni proyectos para lo venidero, puede desaparecer sin violentar en lo más mínimo á la naturaleza.

Pero la vida del hombre, consistiendo en una tendencia necesaria al porvenir, en un movimiento natural de avance hacia situaciones nuevas y mejores, no puede finalizar en un punto dado sin que la naturaleza sufra violencia; sin que la naturaleza se ponga en contradicción consigo misma, si la muerte es efecto natural, sin que el Creador se contradiga á sí mismo, si la muerte sobreviene por aniquilamiento. Toda nuestra vida es garantía de la inmortalidad de nuestra alma, porque por prolongada que sea nunca pasa del período del desarrollo: su naturaleza es continuar desarrollándose: la mortalidad le repugna intrínsecamente.

POR UN ACADÉMICO.

CARTAS

AL JOVEN CONRADO SOBRE EL PERIODISMO CATÓLICO

I.

Mi querido Conrado: sabía de antemano que habías de acceder gustoso á mi petición, figurando entre los suscriptores á *La Academia Calasancia*. Con esa ingenuidad que siempre te ha caracterizado, y que siempre en ti he admirado y aplaudido, me dices en tu carta, que no sólo te suscribes á nuestra Revista por complacerme en este punto, sino también, porque está en tus convicciones favorecer lo más posible toda publicación genuinamente católica; y puesto caso que ni tus estudios ni tus ocupaciones te permiten colaborar en ninguna de ellas, quieres contribuir con tu óbolo de suscriptor á su fomento y arraigo. Sin reserva te aplaudo ese proceder noble y generoso, digno de un católico convencido. Si de esa manera procedieran todos esos católicos que incesantemente se quejan de los progresos que hacen la incredulidad y el positivismo, de seguro que en gran parte quedarían remediados los males de que se lamentan, ya que la situación tristísima en que los creyentes nos hallamos, ha sido preparada por el periodismo acatólico, y es sostenida y empeorada por la prosperidad de la prensa racionalista y la pobreza y languidez de la prensa ortodoxa. La verdad es, querido Conrado, que los periódicos católicos, arrastran todos una existencia anémica, por falta de suscriptores; mientras que los libre-pensadores é independientes, pueden hacer una propaganda vivísima, porque en todas partes, aún en el seno de las familias católicas, encuentran complacientes suscriptores, cuando no favorecedores entusiastas. Aunque con la linterna de Diógenes en la mano vayas buscando un librepensador, ó masón, ó mate-

rialista, que esté suscripto á una publicación católica, de seguro que no le hallarás, aunque ésta se recomiende por sus excepcionales condiciones literarias; pero en cambio, sin grandes averiguaciones, verás que los católicos figuran á centenares, á millares, en las listas de suscripción de los periódicos que combaten sus creencias, que hostilizan á la Iglesia en que han nacido y desean morir, y que á ellos mismos les ridiculizan por sus prácticas religiosas.

No podemos, pues, los católicos quejarnos de ese apostolado activo, universal, perfectamente organizado, que ejerce el periodismo acatólico, frente á frente del apostolado de la Iglesia: nosotros somos los responsables de esa prodigiosa difusión de las malas doctrinas. Mientras los católicos no se determinen á dejar los periódicos heterodoxos y á suscribirse á los que militan en las filas de la Iglesia, como tú lo practicas, ciertamente que la impiedad extenderá de día en día sus dominios, y que en el campo de la fe menudearán más y más las deserciones. Hay una grande desproporción entre la propaganda que los ministros del Altar y las publicaciones católicas hacen en favor de los intereses religiosos, y la que en contra de estos intereses hacen los periódicos acatólicos. Esta propaganda del error es incomparablemente más activa, más extensa, más continuada: periódico hay en París, que todos los días propala el error, y es leído por más de un millón de personas. Yo creo que entre todos los periódicos católicos del mundo no llegan á reunir un millón de lectores. ¿Y qué te diré del periodismo español? ¡Ay! entre todos los suscriptores de todos los periódicos católicos, no llegan, ni de mucho, al número que tienen «El liberal» y «El Globo,» que como sabes, son librepensadores. Será que en España solo los librepensadores son aficionados á la lectura de periódicos? menos mal si así fuera: no estarían tan florecientes las empresas periodísticas de «El Imparcial, El Liberal, El Globo, El Diluvio, El Motín» y otras. No es eso, Conrado; sino que la gran mayoría de los lectores de esos funestos diarios, profesan, con más ó menos observancia, la religión católica, y en manera alguna quieren abjurar de ella. Y es el caso que de esa manera contribuyen á la prosperidad de esas publicaciones y se hacen cómplices de la propaganda anticatólica que realizan, empujando eficazmente al decaimiento del sentimiento religioso que todos lamentamos.

Que se suscriban los católicos convencidos á las publicaciones ortodoxas, y todo al punto habrá cambiado. Estas, contando con buen número de suscriptores, podrán estar excelentemente atendidas, podrán organizar una redacción de literatos conspicuos, podrán disponer de un diligente y seguro servicio telegráfico, podrán proporcionarse activos é inteligentes correspondientes, y como en nada cederán á las publicaciones acatólicas,

perderán éstas suscriptores, porque, en igualdad de circunstancias, los católicos que de veras quieren serlo, preferirán leer los periódicos que no escarnecen sus creencias y prácticas religiosas.

«¿A qué me vienes con esas?» pienso que me dirás al leer la presente: ¿«no te he dicho que me cuentes entre los suscriptores de *La Academia Calasancia*, y que creo un deber mío abonarme á los periódicos católicos?» Es cierto; pero allá voy. Es que no me contento con que tú estés suscrito á nuestra Revista, que para tan poco, holgaba lo que llevo escrito, mayormente contando con tu suscripción. Te he ponderado la necesidad en que los católicos nos hallamos, de favorecer por todos los medios la prensa católica, porque deseo que recomiendes y propagues entre tus relaciones *La Academia Calasancia*; y si te hubieras pedido esto, sin fundar mi exigencia, y luego de haberme notificado que habías accedido á mi primer deseo, quizás me hubieras desairado por importuno. Mas ahora, poniéndote por delante, el deber ineludible de los buenos fieles, entre los cuales es justo colocarte, de fomentar la prensa dedicada á la propaganda católica, me parece que no te pido mucho, suplicándote que promuevas ahí la suscripción á nuestra Revista, con lo cual cooperarás á los fines morales y religiosos que nos han impulsado á fundarla. Con esto, harás mas bien que con tu propia suscripción, pues además del auxilio material que nos prestarás, ayudándonos á sostener la carga, no muy ligera, que nos habemos impuesto, lograrás que obtengan lectura saludable algunos que acaso mucho lo necesitan.

Como te conozco á fondo, y sé que eres mejor de lo que aparentas ser, espero confiadamente que atenderás á mis indicaciones, y que á no tardar, me avisarás el resultado que hayas obtenido en tus gestiones. Con esto añadirás un motivo más á los muchísimos que tiene para quererte tan de veras como te quiere tu afmo a. y s. s. q. t. m. b.

Barcelona 3 de Noviembre de 1891

O. S.

Eduard LLANAS

PENSAMIENTOS

Todo jefe de partido debe saber aprovechar el entusiasmo de sus partidarios: cada facción cuenta sus energúmenos. El mejor general con soldados sin entusiasmo, no será más que un ignorante.

Napoleón I.

*
* *

Una nación no puede ser verdaderamente libre, si no es virtuosa, y cuanto más depravadas y corrompidas son las costumbres de un pueblo, más necesaria se hace en él la dictadura.

Benjamin Franklin.

*
* *

No os deslumbren jamás los aparentes triunfos del día, porque la vida de la humanidad es harto larga, y tiene alternativas que no se desenvuelven, ni cuentan por meses, ni aún por años, sino por siglos.

* * *

*
* *

Dios por leyes que nos son desconocidas ensancha ó reduce como le place los límites de su Religión. ¿Escóndese la fe dentro de los subterráneos? Esperad y la vereis debajo del dosel imperial. No son los triunfantes obstáculos de la tierra los que detienen sus pasos. Fomentad en los espíritus la mayor repugnancia contra ella: ella misma vencerá estas repugnancias. Inventad costumbres, fomentad ideas, publicad edictos, promulgad leyes; ella al fin triunfará del clima, de las leyes y de los legisladores.

Montesquieu.

*
* *

El mundo tiene, quien tiene el Mediterráneo. El Mediterráneo es el mar político. En él se agitan los pensamientos, y las doctrinas en él son coronadas. El Océano sólo lleva fardos.

Veuillot.

*
* *

Nobleza. Algo es un nombre: reconozco en cuantos poseen uno, cierta superioridad sobre mí que no lo tengo. Nobleza obliga. Esto es una fuerza y un deber. Si falta el caballero al deber de su nombre, en lugar de honrarle mucho más, le honra mucho menos. Entre tanto tiene la señal que le recomienda á mi respeto, y saludo en él á todos sus antepasados, no pudiendo creer que Dios haga durar tanto tiempo á una familia, sin algún designio sobre ella, y sin que haya comprado esta gloria por sus virtudes. Creo en la nobleza de la sangre; la respeto y la honro, porque la clase media la envidia, la democracia la odia, y los revolucionarios se jactan de abolirla.

Veuillot.

*
* *

El humilde conocimiento de ti mismo es más seguro camino para llegar á Dios que las profundas investigaciones de la ciencia. No es de condenar la ciencia, ni el simple conocimiento de lo que es bueno en si y ordenado por Dios; sólo si debemos preferir siempre á ello una conciencia pura y una vida virtuosa. Pero como muchos cuidan más de saber que de vivir bien, de aquí es que yerran con frecuencia y sacan poco ó ningún fruto de su trabajo.

Kempis.

*
* *

El amor es fuerte como la muerte, y el celo del amor es inflexible como el infierno. Cuando un hombre hubiese dado todas las riquezas de su casa por el amor, las despreciaría como si nada hubiese dado.

(Cantic. VIII, 6)

*
* *

Dios mio, ¡guerra cruel!
Dos hombres encuentro en mí,
El uno, ardiendo por ti,
Su culto te rinde fiel:
El otro indócil, traidor,
Rebelde contra su rey,
Desprecia tu santa ley
Y provoca tu furor.
.
En guerra conmigo mismo
De todo bien incapaz,
¿Dónde encontraré la paz

En tan miserable abismo?
Sujeto á fatal destino
Conmigo mismo peleo,
Huyo del bien que deseo
Y corro al mal que abomino.
¡Oh gracia! con tu poder
Librame de este enemigo,
Reconcíliame conmigo,
Restitúyeme á mi ser:
Y si hasta ahora contrario
Fuí á tus bondades, convierte
A este esclavo de la muerte
En tu esclavo voluntario.

Cada uno de nosotros podría decir con Luís XIV, cuando Racine le leyó estos bellos versos. «¡Oh! á estos dos hombres yo los conozco muy bien.»

*
* *

Es preciso amar con orden: y el orden del amor es el que hace que amemos como conviene todo lo que hemos de amar. Así es, que amar una cosa cualquiera más que á Dios es un desorden y lo desordenado no puede durar mucho tiempo. El orden del amor fué bien observado por San Luís rey de Francia, como se ve por su anillo de bodas, en cuyo engaste hizo grabar la imagen de *Jesus crucificado*, y á su alrededor una guirnalda entrelazada de flores de *lis* y de *margaritillas* (haciendo alusión con

esto á su amor por Dios, por la Francia y por Margarita) con esta admirable divisa: «*Margarita, fuera de este anillo, ¿podríamos tener amor?...*» Pero ¡qué amor el suyo! ¡qué esposo! ¡qué rey! ¡qué santo!!!

Augusto Nicolás.

* *

La última cosa con que se tropieza escribiendo una obra, es saber qué es preciso poner primero.

Pascal.

* *

Existe la filantropía: es cierto. Pero la filantropía es la *caridad de la cabeza*, el producto de un cálculo y nada más

* *

Si la nariz de Cleopatra hubiese sido más corta, toda la faz de la tierra habría cambiado.

Pascal.

Recogidos por N. P. y D.

MOVIMIENTO CATOLICO

Todo indica que la cuestión romana va á entrar en un nuevo periodo de su existencia. Al parecer, las logias, de las cuales el gobierno italiano es un servil instrumento, han resuelto hacer intolerable la permanencia del Papa en el Vaticano. La masonería ha marcado una *nueva orientación* á la política italiana en sus relaciones con la Santa Sede, y esa *nueva orientación* ha sido condensada en una fórmula, como siempre se verifica en los acuerdos tomados por la dirección suprema de las logias masónicas. Esta vez la fórmula ha sido publicada por *L' Opinión*, órgano del Presidente de Consejo de Ministros, Sr. Rudini, y aunque breve, contiene todo un plan de conducta, un verdadero programa de acción: *Tolerancia para el Jefe de la Iglesia: guerra al Pretendiente*. Esto quiere decir que se respetarán los actos pontificios del orden meramente espiritual, pero que no se consentirá manifestación alguna que envuelva una *pretensión* á la independencia soberana de la Santa Sede. Se tolerará que el Papa se presente como Jefe de la Iglesia, pero no que se presente como soberano: será uno de los súbditos del rey Humberto, sometido á la ley ge-

neral del Estado, y su jurisdicción se limitará á la dirección de las conciencias.

La sociedad de los *Reduci*, dirigida por Menotti Garibaldi, es la encargada de promover una agitación honda y universal en toda la península italiana, para pedir la abolición de la *ley de garantías*, la sujeción del Pontificado á la ley común, y el reconocimiento de la libertad de conciencia por cuantos estén domiciliados en Italia, incluso el Romano Pontífice.

El primer paso dado en este camino de oposición á la Cabeza visible de la Iglesia, fué el tumulto promovido contra los peregrinos franceses, el día 2 de Octubre, bajo el pretexto de que alguno de ellos había escrito en el registro del Panteón, donde está el sepulcro de Victor Manuel, la frase *¡Viva el Papa-Rey!* Que ese incidente sin importancia fuera un pretexto, para impedir las peregrinaciones á Roma, y el acceso de los católicos al Vaticano, ha sido reconocido y confesado por los mismos diarios liberales y acatólicos de Italia. Así lo reconoce Darío Papa, en la *Italia di Popolo* de Milán, que escribió lo siguiente:

«He hablado estos días con publicistas de diversos diarios liberales de Milán, con senadores y diputados: y todos me han dicho: *Sin duda obedece á un golpe premeditado esa manifestación, pretextada por el ridículo incidente de los peregrinos; pero conviene no decirlo: desde el momento que se ha convertido en una cuestión política, es preciso aceptarla.*»

Otro periódico radical, la *Emancipazione*, no es menos franco en apreciar el famoso delito que se ha inventado en apoyo de las manifestaciones contra los peregrinos: «¿Qué es lo que se ha dicho y escrito en la iglesia del Panteón? *¡Viva el Papa!* Pero ese es el grito que lanzaba Carlos Alberto al abrazar á Gregorio XVI; el grito que la princesa María Cisterna, esposa de Amadeo de Saboya, escribía al final de sus cartas á Pío IX. En el Panteón, pues, no ha sucedido nada. Lo que deploramos es el sudor frío de tales veteranos, de tales militares, de tales abogados que no han titubeado en apoderarse de gendarmes y denunciadores de una manifestación que entraba en el círculo de todas las manifestaciones. ¿Qué decir de las exageraciones, invenciones y falsedades fabricadas y explotadas por los *empresarios* de un radical y estúpido plebiscito? Eran necesarias y no habeis dudado en crearlas sin que el buen sentido público os haya guiado. Además estas cargas brutales de tantas personas contra uno ó dos peregrinos desarmados, nos han humillado en nuestra dignidad humana.»

El *Secolo* dice á su vez: «Según lo que afirman los veteranos colocados en la guardia del Panteón, no es la primera vez que se ha hallado en el registro, inscripciones faltas de toda consideración al sentimiento nacional de Italia. Esta vez se ha hecho todo este ruido, porque se sabía que en las esferas gubernamentales no se vería con malos ojos ruidosas mani-

festaciones que oponer á las ceremonias vaticanas, como contrapeso á las solemnidades de Niza.»

El Papa comprendió desde un principio que existía un programa de hostilidad contra la Santa Sede, y que á él obedecía el movimiento revolucionario dirigido contra los peregrinos franceses. Así lo dijo al Jefe de la peregrinación, Mr. Harmel, en la audiencia del 8 de Octubre, cuya descripción tomamos de *La Croix*. Las palabras del Papa hubieran en otro tiempo conmovido al mundo católico: véanlas nuestros lectores.

«Publique usted todo lo que aquí se ha hecho contra el Pontificado y contra Francia.

»Estos sucesos me han entristecido vivamente, porque los gobiernos están de acuerdo con los malvados. Esto se sabía de antemano, y los malos periódicos no han hablado bien de las romerías sino porque se esperaba de ellas dinero. La fiesta de San Miguel los ha atormentado grandemente; como que se ha gritado: ¡Viva el Papa-Rey y los franceses!

»Por espacio de cuarenta y ocho horas se ha concedido á los malvados libertad completa para hacer manifestaciones hostiles al Pontificado y á Francia. La fuerza bruta es quien ahora domina; sí, la fuerza bruta.

»Renuévase la pasión; he aquí el jardín de Gethsemaní, la corona de espinas, la cruz á cuestras, y después, y después está el Calvario. Sí,» —añade el Padre Santo con muestras de resignación indecible,—«sí, el Calvario; y menester será que subamos á él. Se quieren víctimas, se quiere que el Papa sufra y que sea víctima. Pues bien, hay que prepararse. Se deja en libertad á los malvados; aún los ayudan los gobiernos; veréis que se llega hasta asaltar el Vaticano. ¡Ah, hijos míos! Vosotros no volveréis á ver al Papa [actual: será preciso que muera en el Calvario: pero después de la muerte vendrá la resurrección. En otro tiempo el Papa estaba prisionero; ahora está en rehenes; está en poder de un puñado de malvados; los gobiernos le abandonan; está solo, completamente solo; no tiene más amparo que el de la divina Providencia.

»Cuanto á vosotros, os debo gracias. Durante tres semanas habeis consolado mi corazón; sí, la familia Harmel ha sido mi consuelo. Dios os lo pagará, no sólo en vuestras almas y en vuestros hijos, pero aún en vuestras empresas materiales. Sí, Dios os bendecirá.»

»Félix, dígalos Ud.: Dios bendecirá á su familia de Ud. Sobre todo, no se desanime Ud. por lo que ha pasado; al contrario, tenga Ud. más ánimo que nunca.»

Al llegar aquí el Padre Santo preguntó por el hijo de M. Harmel que lleva su nombre León.

»Muy bien, León; ha trabajado Ud. mucho. Le hago á Ud. caballero de San Gregorio. Usted, Félix, será comendador.»

»Quiero escribir á Ud. una carta que usted conservará en la familia. »Diré en ella expresamente que todo el consuelo que he tenido en esta peregrinación á Harmel se lo debo. He aquí un recuerdo para Harmel: es mi retrato. A los demás les daré algunas medallas.

»Adios, hijos míos, adios. Yo os bendigo.»

La carta á que el Papa se refiere es la siguiente:

CARTA DE SU SANTIDAD A MR. HARMEL.

Grande ha sido Nuestro consuelo al recibir á los muchos obreros franceses que, bajo vuestra prudente dirección, han emprendido la peregrinación á la Ciudad Santa, y al contemplar personalmente los testimonios de su devoción, afecto y veneración hacia Nos y la Santa Sede Apostólica.

Mas por eso mismo ha sido más profundo el dolor que hemos sentido al verlos entregados, sin verdadera provocación de su parte, á los ataques, ultrajes y toda especie de atropellos de un populacho desenfrenado que se ha ensañado con los peregrinos.

Estos hechos, que jamás se reprobarán suficientemente, en nada disminuyen la gloria y estimación que os habeis ganado de todos los buenos católicos. Y en cuanto á Nos se refiere, vuestros actuales merecimientos, reunidos á los antiguos, se han hecho, si es posible, más dignos de gratitud, y tenemos la mayor complacencia en atestiguarlos por las presentes Letras. Plenamente convencidos de vuestra enérgica y constante voluntad, no dudamos de que, una vez alejados los obstáculos que ahora se presentan, habréis de continuar todavía con mayor celo vuestra noble empresa.

Entre tanto, os manifestamos Nuestra gratitud y la que debemos á todos los peregrinos, tanto á los que han podido llegar á Roma, como á los que han sido detenidos por una violencia y odio igualmente inicuos. Y del fondo de Nuestro corazón os concedemos especialmente, así como á todos aquéllos y á sus familias respectivas, la más afectuosa Bendición Apostólica.

LEÓN XIII.

La dirección de las últimas peregrinaciones francesas, de que era presidente M. Harmel, acaba de publicar su Memoria oficial sobre los incidentes de Roma. Esta Memoria reviste importancia indiscutible, atendido á que ha sido redactada por testigos oculares y se basa únicamente en hechos, cuya autenticidad nadie puede poner en duda.

Esta Memoria tiene por fin establecer la premeditación de los desórde-

nes de que Roma ha sido teatro el 2 del corriente. Todo el que la lea, sin preocupaciones, reconocerá que su autor ha demostrado plenamente que el famoso incidente del Panteón ha sido un golpe preparado de antemano.

Aunque volveremos sobre este asunto, por hoy nos limitaremos á reproducir aquí la conclusión de la Memoria sobre las graves consecuencias que se desprenden de los incidentes del 2 de Octubre.

Dice así:

«Se ha creado en Italia una nueva situación, desde el punto de vista religioso, por la lucha que va á empeñarse en el terreno de la supresión de la ley de garantías en que acaba de colocarse el partido revolucionario.

»La enseñanza general que se desprende para todos los católicos, de los sucesos que han hecho necesaria la supresión de las peregrinaciones, es que Roma, si no es del Papa, es de la revolución, y que antes de mucho tiempo, ó el Papa es expulsado del Vaticano, ó Roma prohibida á los católicos.

»Ninguna conciliación es posible entre las dos soberanías coexistentes; la una en el Vaticano, representando la verdad y la libertad religiosa; la otra.... agente resignado ó cómplice voluntario de las logias masónicas y de las sectas ateas.»

Por último, la conducta observada por el gobierno de la República francesa ante los atropellos é insultos de que fueron objeto los peregrinos franceses, ante los desmanes de las turbas frente á la Embajada francesa, y ante los gritos hostiles y difamantes que en Roma y otras ciudades se profirieron contra Francia, es una prueba irrecusable de que la masonería, á la cual se hallan por igual supeditados el gobierno francés y el gobierno italiano, dispuso y patrocinó los acontecimientos del 2 de Octubre. Lejos de reclamar el Gobierno francés una satisfacción por las ofensas inferidas á Francia y á su representante y á sus ciudadanos, se pone del lado de los que gritaron ¡muera la Francia!, y para coadyuvar á los proyectos de la Italia masónica contra el Vaticano, prohíbe á los Obispos que promuevan nuevas peregrinaciones. Entre el honor de la Francia y la humillación del Vaticano, el Gobierno francés ha optado por esta última, resignándose á que el mundo entero sepa con estupor que puede la bandera francesa ser insultada impunemente, sin que el Gobierno republicano se atreva á volver por la dignidad nacional groseramente pisoteada. El escándalo ha sido tan enorme, que casi toda la prensa alemana ha salido á la defensa de los peregrinos atropellados, poniendo así de manifiesto la aberración inconcebible de la República francesa. Esta en cambio se apresta á perseguir á los Obispos que no quieren poner fin á las peregrinaciones, secundando las despóticas órdenes del Ministerio. ¡Pobre Francia!

Una valiente carta escrita por el Sr. Arzobispo de Aix al Ministro de Gracia y Justicia, Mr. Fallières, ha producido en este tal indignación, que ha determinado procesar al valiente Prelado, defensor de los derechos de la Iglesia y del honor de la Francia. En cambio, el ilustre Arzobispo está recibiendo de los católicos testimonios elocuentísimos de adhesión, que deben en gran manera consolarle. Vamos á dar noticia de algunos de ellos.

CARTA DE LEON XIII

A NUESTRO VENERABLE HERMANO FRANCISCO JAVIER ARZOBISPO DE AIX EN LA PROVENZA

«Venerable Hermano, salud y bendición apostólica.

»Con gratitud y grande alegría, Nos hemos acogido los sentimientos expresados en la carta que Nos habeis dirigido á vuestro regreso de Roma.

»Seguramente que mientras permanecisteis en la Ciudad Eterna, cuando Nos recibíamos tantos consuelos por la adhesión y piedad admirable de tanta multitud, Nos no presentíamos, de manera alguna, las angustias que iban á sobrevenirnos tan pronto, por incidentes imprevistos.

»Es bien triste, como lo habeis comprendido, tener que sufrirlas; y, ¡quiera Dios que no Nos sobrevenga algo más triste todavía!

»No podemos por menos de temer, en efecto, algo peor todavía, viendo que se deja á los insultadores del Pontificado Romano tanta impunidad y tanta licencia. Y en efecto, al primer pretexto han dado rienda suelta á su cólera, y al punto resonaban gritos salvajes por todas las partes de la ciudad. Estalló entonces el furor de que estaban poseídos. La majestad de un templo augusto ha sido violada; el Pontífice se vió atacado con amargos y ruidosos insultos; el nombre católico cubierto de injurias. Los ultrajes y hasta las vías de hecho se multiplicaron contra un gran número de peregrinos, á quienes no han podido proteger ni las leyes de la hospitalidad, ni la inocencia, y verdaderamente han tratado, como se trata á enemigos, á hombres que vinieron á Roma movidos por su piedad y adhesión á la Santa Sede.

»Después de estos atentados, que han producido grave daño á la antigua reputación de distinción y caballería italiana, se hace evidente que el odio de nuestros adversarios crece de día en día, y por grandes que sean los artificios hipócritas de que se sirven, se notan más y más los tristes proyectos que se tramán contra Nos y contra la Santa Sede.

»Por lo que á vos toca, continuais con Nos, venerable Hermano, combatiendo con todas vuestras fuerzas por la Iglesia de Jesucristo.

»Respecto á los que bajo vuestra dirección y vuestros auspicios vinieron á Nos en Roma, unidos por su piedad, vos les participareis Nuestros sentimientos paternales, y en prenda de las gracias celestiales, Nos os concedemos afectuosamente á vos, venerable Hermano, á ellos, á vuestro Clero y á todo vuestro Pueblo, la bendición apostólica.

»Dado en Roma, en San Pedro, el 19 de Octubre de 1891, décimo cuarto de Nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.»

«Tolosa 25 de octubre de 1891.

«Monseñor: No creía yo que en un país que se precia aún de tener grandes

y santas cosas, fuera posible cometer un delito por hacer actos de religión y de patriotismo. El amor á la Iglesia y á Francia han inspirado únicamente vuestra respuesta al Ministro de Cultos. Los gobernantes del día han visto en esa carta, toda apostólica, un ultraje en vez de un servicio, y ellos requieren penas para vuestro escrito, en ocasión precisamente en que os debían dar las gracias. Vuestro valor episcopal no deja de provocar en otras partes los sentimientos que merece, desde que habeis sido perseguido por haber sostenido los derechos de la conciencia católica y de la dignidad francesa, de un extremo á otro de nuestro país.

» Los sacerdotes y los fieles os consideran como una gloria que les es propia. Se diría que os habeis convertido en el Obispo de todas las diócesis de Francia: Además vuestra suerte inspira á vuestros colegas en el Episcopado una envidia que no tengo la fuerza de guardar secreta, y esperando el día tal vez próximo en que me sea dado seguirlos, considero un deber el enviaros la expresión más sincera de mi cordial simpatía.

» ✕ CARDENAL DESPREY, *Arzobispo de Tolosa.* »

París 25 de octubre de 1891.

LA PUERTA ABIERTA.

Buscaba el hombre la luz
que le mostrase una senda
por donde andar sin temor,
el alma á la duda ajena,
cuando levantando á Dios,
ansioso, la vista incierta,
vió un Angel bajar, que habló
de la siguiente manera:

« Del padre Adán hasta tí
hay toda una descendencia
de hombres que oyeron el bien
y hombres del mal torpe presa.
No hay razón para pensar
que á los segundos les diera
menos medios que escoger
el que les puso en la tierra:
todos tienen por igual
un alma para ser buena,
si se inclina á la virtud,
mala si al vicio rastrea;
más ¡ay! en el corazón
cuán fácilmente éste impera!
Por esto, ya que la fe
levanta á Dios tu cabeza,
vengo por mandato de El
á que oigas su voz eterna.
Tú dos caminos tendrás

en donde poner tu huella,
los dos á la vez, jamás;
sólo uno; el que te parezca;
el bien da el cielo, y el mal...
penetra la consecuencia.
De cuanto en el mundo ves
hallarás franca la puerta;
segun do quieras entrar
encontrarás dicha ó pena;
si es aceptable tu afán
ya sabes lo que te espera,
pero si repugna á Dios
será tu suerte funesta.

Si buscas la Religión,
practicarás la pobreza,
será en tí la Caridad
como acrisolado emblema,
y con la predicación
darás al mundo almas buenas.

¿Quieres lanzar el error?
¿Sacar luz de las tinieblas?
Pues *surge et ambula* ya
y darás fin á tu empresa.
Nada de lo que aquí ves
se oculta á tu inteligencia;
en la estación invernal
podrás estudiar las bestias
y aprovecharás su piel
por la utilidad que presta,
hallarás el vegetal
seco, sin savia en tal época,
pero también te dará
el globo sus primaveras,
y á más de savia en aquél
tendrás fruto y flor espléndida.
Y en tan varia actividad
—si penetras en la Ciencia—
hallarás la perfección
posible, si no completa.

¿Quieres en el Arte entrar?
pues hacia el Arte tus fuerzas,
y si lo contemplas bien
te extasiará su belleza...
¡Qué encanto fascinador
tiene la Naturaleza!
¡Es el Arte natural
conjunto que á Dios recuerda!

Su color y esplendidez
júntalas en tu paleta,
que aunque no retrates, fiel,
todo el encanto que encierra,
puedes en lo humano hacer
una imitación maestra.

Si en el vicio hallas placer
¡al vicio!...! La puerta abierta!
Pero mira antes de entrar
la habitación desde fuera:
si el remordimiento atroz
oculto no serpentea;
si entre esa espléndida luz
no hay oscuridad completa
que ofusca nuestra razón
y nuestro cuerpo envenena;
si no hay tardío dolor,
si no hay desventuras... entra.

¿La orgía calma tu sed,
la orgía te nutre? á ella!
¡Cuánto gusano roedor
debajo la fresca yerba!
¡En cuánta nube en embrión
esa agua clara se encierra,
y cómo caerá después
sobre el corazón deshecha
para estancarse y pudrir
las fibras de la existencia!

Cuanto en el mundo ves, pues,
te tiene franca la puerta...
mira al cielo... la de allí
no todo hombre la franquea.
Si sigues el bien, verás
como el Empireo te muestra;
pero si entras en el mal,
jella es la que te se vedal»

ALFREDO ELÍAS.

Pla de Cabra 19 Agosto 1890.

INFLUENCIA DE LA IGLESIA EN LA CULTURA DE LA ESPAÑA VISIGÓTICA

Discurso pronunciado por el Académico Dr. D. Ildefonso Suñol Casanovas, en la Velada pública del día 26 de Abril de 1891.

SEÑORES:

Asáltanme en este instante mil fundados recelos; sobrecógese mi espíritu profundamente ante la consideración de que voy á de-

jar oír mi desautorizada voz en este sitio, en este sitio, Señores, que tiene para mí recuerdos inefables, de aquellos que arraigan en lo más hondo de la conciencia humana, como que se refieren á los primeros y solemnes momentos en que ésta despierta á la vida racional é inteligente; como que se refieren á aquellos días plácidos en que la niñez y la adolescencia ocultan bajo el dorado velo de una inocencia sin límites los amargos sinsabores del mundo y sus realidades crueles. Yo no puedo olvidar nunca que aquí se hallan los maestros que cultivaron mi inteligencia y fortalecieron mi fe; que aquí viven los hombres que engendraron en mi corazón los sentimientos que me dignifican, é inculcaron en mi espíritu los santos y honrados principios que me enorgullecen. Yo no me hubiera atrevido jamás á pretender la insigne honra de que me escucharan y oyeran aquellos de cuyos labios he oído tan sabias lecciones, si no fuera por sus propios repetidos ruegos y por sus suaves mandatos, que á tanto llega, Señores, su modestia incomparable. Y ha sido preciso obedecer, aún á trueque del sacrificio de amor propio, que para mí representa subir á este sitio, antes ilustrado y enaltecido por elocuentes oradores con cuya amistad me honro, pero cuyo ejemplo no puedo, no, seguir, por mucho que extreme mis aptitudes mezquinas, por grandes y fervorosos que sean, como en realidad son, mis deseos de complacerlos y agradarlos. Escudándome, pues, con el carácter de ineludible que tiene el deber que cumplo, no dudo que me otorgareis á manos llenas toda la benevolencia que en estos momentos necesito, esto es, una benevolencia sin límites ni reservas.

Pretendo, Señores, molestar brevemente vuestra atención, bosquejando y describiendo á grandes rasgos la prodigiosa cultura de la España visigótica, debida en gran parte, si no en su totalidad, á los nobles esfuerzos de nuestra Iglesia; con lo cual recabaré para ella una de sus glorias más legítimas y más puras, solazándome á la vez con el recuerdo del antiguo poderío intelectual de nuestra patria. No otra cosa me he propuesto al abordar un tema, cuyas dificultades, en verdad, superan á mis fuerzas.

Señores: Tocaba á su término la convulsión espantable que derribó el carcomido edificio de la civilización romana; cedía ya la tempestad fragorosa que vino á purificar la deletérea atmósfera del mundo antiguo, cuando España se vió inundada por nuevas

tribus bárbaras, si bien instruídas en los preceptos del Cristianismo, inficionadas de la herejía con que retó al pacífico y humilde Vicario de Cristo, el desatentado y soberbio presbítero de Constantinopla; si bien conocedoras de los vestigios últimos de la cultura romana, ansiosas, no menos que las otras tribus bárbaras, de destruirla y arrasarla hasta sus cimientos, como si el Eterno las hubiese escogido para ser instrumentos inconscientes de su divina cólera.

Pero, por misterioso desiguio de la Providencia, fueron los mismos destructores de lo antiguo los que echaron los cimientos de lo porvenir; fueron los mismos que cayeron sobre España, provincia romana, y la sujetaron con férrea mano, los que, tras de respetar nuestras instituciones privadas y nuestras leyes tradicionales, y la organización del municipio clásico y aún, en algunas ocasiones, la santidad de la familia católica, tras de deponer respetuosos las vencedoras armas ante la majestad de nuestro genio y los recuerdos gloriosos de nuestra historia, infiltraron en nuestro espíritu los grandes principios individualistas latentes en sus conciencias vírgenes, principios que, después de los cristianos, han constituido, á la par que un distintivo de nuestro carácter, una de las más firmes y sólidas bases que sostienen el soberbio monumento de la nacionalidad española.

Pero ello, Señores, no se logró en corto tiempo y sin grandes esfuerzos; fueron precisas agitaciones violentas y porfiadas y crueles luchas. Poblaban dos razas nuestro suelo: envanecida la una de su fuerza física y de su vitalidad incontrastable, fiábalo todo á los azares de la guerra; orgullosa la otra de la superioridad de su cultura, no se sometía sin protestas ni se doblegaba sin resentimientos; hablaban diferentes lenguas y profesaban distintas y enemigas religiones: católica, social, docta y tolerante la raza hispano-latina; arriana, individualista, ignorante y fanática la raza visigoda. Precisaba unificar sus instituciones políticas, armonizar sus Códigos, aproximar sus costumbres, fundir sus especiales aptitudes, borrar para siempre sus, en apariencia, irreconciliables antagonismos. Era indispensable de todo punto purificar los vicios que de Roma heredara la raza vencida, al contacto de las groseras virtudes que la raza vencedora había traído de sus bosques; era necesario que los hispano-romanos enseñasen á cultivar las letras á quienes sabían sólo manejar las

armas, y suavizasen sus hábitos haciéndoles sentir las divinas emociones de la belleza revelada por el arte; y era sobre todo imprescindible librarles de sus errores religiosos, é infundir en sus conciencias, en toda su pureza, los grandes y luminosos principios proclamados por los venerables Padres de Nicea. Pues bien; esta obra tan colosal como erizada de dificultades, fué emprendida y llevada á feliz término por aquel ilustre clero católico español, cuya historia constituye uno de los más hermosos timbres de gloria de la Iglesia, y cuyo recuerdo será siempre un título de inmortalidad para nuestra patria.

Bien quisiera, Señores, relatar con todos sus detalles, estudiar en todas sus innumerables fases, la evolución lenta y progresiva de aquella dualidad funesta hacia la unidad realizada casi totalmente en el siglo VII, durante el reinado inolvidable de Flavio Recaredo; bien quisiera apreciar con exactitud y describir con acierto la intensidad de las palpitaciones que debió experimentar aquel cuerpo social, mientras le dominaba la devoradora fiebre que precedió á su constitución definitiva; pero no se me oculta que seria este trabajo extremadamente superior á mis escasas fuerzas, y hasta impropio del acto que estamos realizando; por lo cual debo limitarme, como me límito, á ensalzar á la Iglesia visigoda, poderoso agente que normalizó la vida de aquel organismo gigante, dejando para otros hombres y para más oportunas ocasiones la difícil y delicadísima tarea de analizar los maravillosos fenómenos de su fisiología.

Regían la antigua España romana, instituciones políticas laudables en muchos conceptos; significaba, en verdad, el Imperio una monarquía absoluta y cesarista, pero gozaban algunas de nuestras ciudades de un régimen municipal, que les daba cierta autonomía y cierta expansión, aún á pesar de las vejaciones imperiales. Los visigodos, en cambio, se gobernaban con una monarquía militar, cuyo trono era con frecuencia asaltado y ocupado por los caudillos sobresalientes en la guerra, y cuyo prestigio era, por tanto, circunstancial y estaba de continuo sujeto á cambios bruscos. El patronato personal sobre que estaba basada la organización de sus ejércitos cuando se establecieron en la Dacia por permission de Trajano, convirtiéndose ya en España, merced á la ocupacion y división del país conquistado, en un patronato territorial que dió lugar al predominio de una nobleza

cada día más ambiciosa y cortesana. Y bien pronto había de comenzar el trabajo de fusión en el orden político, como en otros órdenes se había ya iniciado. Los reyes visigodos después de la invasión avergonzaronse de su desnudez, y recordando con envidia la majestad y la cultura de aquel Imperio romano, cuyos cimientos, no obstante, socavaban con mano de hierro, quisieron continuar sus tradiciones; y entonces pudo vérselos protegiendo á literatos y poetas, afanándose por imitar las costumbres y aún los trajes de los vencidos, creando consejos áulicos á semejanza de los comités del pío Adriano, y rodeándose de fastuosas cortes asistir solícitos á las fiestas pagadas por los capitanes romanos, que procuraban halagar su vanidad, para, con su apoyo, llegar á cubrirse con los últimos harapos de la envejecida púrpura de los Césares. Así, Señores, poco á poco fué aproximándose aquella monarquía originariamente militar y bárbara, al ideal trazado por el recuerdo de la brillante monarquía de Roma, hasta rozarlo casi, cuando empezaba á usar Leovigildo los simbólicos atributos de los reyes.

La dualidad y la oposición entre ambas razas existía antes de Recaredo, en todos los terrenos. En el económico, disponían los visigodos de las dos terceras partes del suelo, y sólo de la tercera parte restante los hispano-romanos, desposeídos de sus legítimos dominios por la fuerza brutal de la conquista. Existía en el terreno jurídico, un código para los vencedores, el de Eurico, y otro código para los vencidos, el Breviario de Aniano, gozando como fácilmente se comprende, las leyes del primero una supremacía incuestionable sobre las leyes del segundo, cuya genealogía, no obstante, se remontaba á la gloriosa época en que los jurisconsultos de la Ciudad Eterna revelaban al mundo, con maravilloso acierto, los principios de justicia que aún prevalecen y brillan en los códigos modernos.

Pero la lucha era más enconada y ardiente en el terreno religioso. En este punto no cabían transacciones, ni aplazamientos. La blasfemia de Arrio, repercutiendo de boca en boca en las clases más elevadas de aquella sociedad heterogénea, despertaba la santa indignación de los vencidos, que hubieran podido resignarse á sufrir vejámenes de todo género, pero jamás á dejarse imponer unas creencias contrarias á las católicas, creencias anatematizadas por los Concilios, repelidas por los Padres, con-

denadas con potente voz desde la augusta cátedra de Pedro; creencias, Señores, que habían costado una vida de sacrificio y de martirios á su impugnador inolvidable, el español ilustre, el sabio Obispo de Córdoba, Ossio, cuya imponente y venerable figura se destaca con brillantes destellos en nuestra antigua historia.

Y así, á las provocaciones de arriba, contestaban abajo con defensas más tenaces y viriles, aunque siempre humildes, cual correspondía á los discípulos de Aquel que pudiéndolo todo, dejó, no obstante, que le injuriasen y abofeteasen impunemente. La cólera de los arrianos no tenía límite ni freno cuando se convencían de la inutilidad absoluta de sus esfuerzos, y cuando presenciaban conversiones á la verdadera fe, cada día más numerosas y frecuentes. Abandonaban entonces los medios morales y las inútiles tentativas de seducción, para acudir al brutal terreno de la fuerza; y desde que esto hicieron, desde que la sangre de Clotilde tiñó las baldosas del palacio de Amalarico, la secta arriana estuvo perdida para siempre, porque había efectuado un consorcio nefando: el consorcio de la herejía con el crimen.

Mientras tanto luchaba el clero con perseverancia incansable por la buena causa, y llamaba en su auxilio á los monjes de Oriente; de cuya venida desde los más remotos tiempos, tenemos un testimonio irrecusable en un cánón del Concilio celebrado en Lérida, en el año 546, reinando Teudis, cuyo cánón dispone que los Obispos admitan á los monjes á las sagradas Ordenes, cuando lo juzguen conveniente ó necesario para el servicio divino en sus diócesis. No faltaban ciertamente en nuestra España clérigos regulares, pero eran en su mayor parte solitarios, y convenían otros hombres más activos y más cultos en aquellos azarosos tiempos. Extendiéronse con rapidez vertiginosa por toda la Península las reglas orientales, sobre todo la inflexible regla de San Benito, habiendo fundado San Martín Dumense y otros infinidad de monasterios, que fueron bien pronto brillantes focos de cultura literaria y científica, venerables depósitos de las tradiciones de la ciencia antigua, bellos santuarios en que florecían todas las virtudes y á los que el pueblo acudía para reaminar sus esperanzas y para fortificar su fe, no menos atraído por todas estas causas, que por el prestigio que

daban á aquellos varones humildísimos, las bendiciones de San Gregorio el Magno, veneradas en toda Europa.

La lucha arrecia hasta lo inconcebible, y se suspenden los ánimos contemplando la heroicidad de los que semejaban débiles y pequeños, y ganaban, no obstante, palmo á palmo á los grandes y á los fuertes, el artillado y vasto campo de las creencias religiosas. Aparece entonces San Leandro, primera lumbrera de aquel episcopado insigne; y sufre el destierro por orden de Leovigildo, receloso de la marcadísima influencia que ejercía en toda España, y airado porque obtenía conversiones aún en el propio seno de la real familia, y porque fundaba la celeberrima escuela en que se educaron Fulgencio é Isidoro. Refúgiase en el Oriente, en la misma ciudad de Constantinopla, y allí asiste á un imponente espectáculo, que debió avivar la llama de su ya acendrado amor á las ciencias y á las letras, y debió afirmarle en sus propósitos de extenderlas y propagarlas en España. Allí, Señores, iba á su ocaso el esplendoroso sol de la civilización antigua, inundando con resplandores vivisimos el horizonte intelectual de la agitada Europa; compilaban los jurisconsultos las pasadas leyes, compenetrados de su profundo y sábio espíritu; los teólogos esponían las doctrinas con que confundieron y arruinaron á los herejes; cultivábanse las ciencias en todas sus innumerables ramas; escribíase la vieja historia con todos los refinamientos del lenguaje; y Museo, Coluto y Triphiodoro hacían repercutir los últimos ecos de la poesía clásica, á la par que los oradores sagrados repetían los viriles y enérgicos acentos con que Crisóstomo, Basilio y Gregorio Nacianceno, predicaron un día á las gentes las verdades inmortales del Evangelio. ¡Espectáculo admirable, Señores, cuya poderosa influencia en la cultura española de aquel tiempo no es posible desconocer ni poner en duda! En tanto, otro atleta trabajaba también como Leandro en las soledades de su destierro; me refiero al abad Juan de Biclara, que retirado á las vertientes del Pirineo por mandato de Leovigildo, fundaba un monasterio celeberrimo, y junto con sus hermanos de religión, escribía sus memorables Cronicones, la historia de veinte y dos años de agitaciones y luchas, con aquel estilo conciso, severo, ingenuo, con aquella dicción limpia y soberana que tanto hemos admirado luego en nuestros escritores lemosines del siglo XIII.

(Concluirá).